

renta y dos años, fué adoptado por una gran mayoría. Algunas ligeras modificaciones se hicieron en la proposición de Macaulay; pero le alegró la satisfacción de haber formado según su opinión una ley que puede ser justamente considerada como el privilegio de su clase, y haber añadido á la de Hausard aquello que por común consentimiento es considerado entre sus páginas más dignas de ser leídas.

Hubo otro asunto de más importancia á los ojos de sus contemporáneos, sobre el cual, por tomar una dirección independiente y perseverar ella de un modo valeroso, Macaulay hizo participar de su opinión primero á su partido y después al país entero. Se había terminado la guerra del Afghan en el otoño de 1842. Los tories reclamaban para lord Ellenborough la gloria de haber salvado le India; mientras la oposición decía que con dificultad había conseguido vencer los obstáculos del camino de su existencia salvada por otros. Muchos whigs creían, y alguno de ellos estaba dispuesto en todas ocasiones á mantener, que su señoría no había hecho nada merecedor de la admiración nacional en el pasado, sino despertar los más graves temores para lo futuro. Macaulay se había persuadido á sí mismo, y propuesto persuadir á los demás, que mientras lord Ellenborough continuase de gobernador general de la India la paz de nuestro imperio oriental no estaba asegurada ni por seis meses.

Albany; Londres, Febrero 1843.

Querido Ellis: Jamás pensé que pudiera vivir para simpatizar con el engaño de los whigs por Brougham; pero debo reconocer que lo merecemos todo. Supongo que usted habra oido algo de la estúpida y desgraciada

dirección que nuestros jefes han resuelto tomar en este asunto. Yo realmente no puedo hablar ó escribir de ello con paciencia. Han llegado hasta votar las gracias á Ellenborough, en oposición directa con su opinión y teniendo contra él pruebas incontrovertibles en sus manos, tan sólo para salvar la responsabilidad de Auckland; pero no le podrán salvar no obstante, porque la cobardía es una defensa muy pobre contra la malicia; y sacrificar toda la significación y respetabilidad de nuestro partido á la sensibilidad de un hombre, es una cosa demasiado mala para hablar de ella. Yo no puedo impedir la desgracia de nuestro partido, pero no quiero tampoco participar de ella; me iré á Clapham tranquilamente dejando á ellos que nos han preparado este pastel de basura que se lo coman. No creo que ningún asunto político me haya excitado tanto como este. Daré una muy ruda batalla, pero no tengo ninguna persona que me siga, excepto lord Minto y lord Claurocarde. Yo conseguiría fácilmente producir un motín en nuestras filas si me lo propusiera; pero una disensión interna es la única calamidad de que se hallan libres hasta ahora los whigs, y no quiero añadir yo esta á las demás plagas que sufren.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

El 20 de Febrero se reunió la Cámara de los Comunes para expresar su gratitud al gobernador general, promoviéndose con este motivo un debate en que los discursos pronunciados desde el banco de la oposición fueron tan buenos como hechos por hombres de Estado que han asumido una actitud tal que no podían abandonar sin ser poco sinceros. El voto de

gracias fué aprobado por unanimidad, pero al cabo de tres semanas los whigs estaban unidos como un solo hombre, apoyando con ardor una proposición de Mr. Vernon Smith que envolvía una censura directa y abrumadora á lord Ellenborough. Lord Stanley, aprovechando la mejor oportunidad, tuvo muy buen cuidado de hacer notar la poca consistencia del carácter de un hombre que, entre la apertura de la legislatura y los días festivos de la Pascua, había dado gracias á un empleado público por su «habilidad y juicio» y después hizo todo lo que pudo por estigmatizarle á causa de su conducta «imprudente, indecorosa y reprehensible». Afortunadamente, la convicción de Macaulay sobre esto era clara, y su discurso, que como obra literaria es excelente, sostiene dignamente la comparación con cualquier otra de aquellas oraciones que todavía existen contra Warren Hastings, en que el gran hombre de una generación precedente disputaba con los de otra la corona de la elocuencia.

La división se hizo como siempre aun en la asamblea mejor organizada, cuando toda la fuerza de un gobierno poderoso se ejerce en proteger una reputación. El 14 de Marzo el duque de Wellington escribía á lord Ellenborough: «Nada puede haber más satisfactorio que el debate en la Cámara de los Lores, y me he informado que lo fué igualmente en la de los Comunes.» El informante del duque no había visto lo que ocurría por debajo de aquella superficie tranquila. La denuncia mesurada sostenida por Macaulay contra la ligereza peligrosa de Ellenborough, no había caído en oídos desatentos. Hizo una profecía: «¿Quién puede decir qué nuevas extravagancias podemos saber por el próximo correo? Creo que ni el Consejo de directores ni el ministerio de Su Majestad

puedan esperar la llegada del correo sin inquietud, «y daba un aviso». No puedo sentarme sin dirigirme á aquellos directores de la compañía de la India Oriental que están presentes y exhortarles á que consideren la pesada responsabilidad que descansa sobre ellos. Tienen poder de relevar á lord Ellenborough y yo confío en que no dudarán en ejercitar aquel poder.» La profecía se realizó y el aviso fué adoptado al pie de la letra. Antes que se hubiesen pasado doce meses, lord Ellenborough se había metido en un embarazo mayor que nunca. En este tiempo resolvió Macaulay tomar el asunto por su cuenta. Tenía noticia de una proposición acerca de los libros de la Cámara, y su discurso lo tenía ya en la cabeza cuando el 26 de Abril de 1844, sir Roberto Peel anunció que el gobierno de Su Majestad había recibido una comunicación del tribunal de directores «participando que habían ejercido el poder que la ley les concedía separando según su voluntad y gusto al gobernador general de la India».

La reputación y autoridad de Macaulay en el Parlamento no debían nada á las condiciones exteriores del orador. A este propósito, los recuerdos de todos los individuos de la galería de reporters (que han sido con tanto gusto aceptados como fueron afablemente ofrecidos) son unánimes y precisos. Mr. Cleford, del *Times*, dice: «Su acción, lo poco que él la usaba, era más bien desmañada. Su voz era llena y turbulenta, pero no tenía el clarooscuro, ó sea la modulación que se encuentra en la de los oradores prácticos. Sus discursos estaban preparados muy cuidadosamente y los repetía sin perder ni omitir una sola palabra.»

Esta última observación merece algún comentario. Macaulay habló bastante bajo el estímulo del mo-

mento, y aun algunos jueces excelentes fueron de opinión que, en estas ocasiones, su estilo ganaba más en entonación que lo que perdía en ornamento. Aun cuando se levantase de su sitio para tomar parte en alguna discusión prevista, no tenía notas en sus manos ni manuscrito en su bolsillo. Si el debate estaba previsto, preparaba el asunto con toda tranquilidad mientras paseaba por su casa ó vagando por las calles. Cada pensamiento, conforme nacía en su inteligencia, era envuelto en frases y vestido de imágenes apropiadas, ejemplos y citas, y en el curso de su peroración, su pensamiento empleaba todas las palabras que daban carácter y belleza al asunto.

«Usaba apenas de acción alguna—dice otro fundado en el testimonio del *Standard*.—Se volvía alrededor é inclinaba ligeramente sobre la mesa, pero sin que estos movimientos tuvieran nada de acción demostrativa ó dramática. Hablaba con gran rapidez, dando muy poca inflexión á su voz, que, sin embargo, no dejaba de ser música, aunque algo monótona, y rara vez levantada ó fiera. Hablaba con mucha fluidez y muy poco énfasis. El asunto y el lenguaje, más bien que la manera, eran lo que cautivaba á sus oyentes.»

Mr. Downing, del *Daily News*, escribe: «Era completamente evidente que Macaulay no había aprendido el arte de hablar desde la tribuna, el púlpito, el foro ó cualquiera de los otros modos de obtener una dicción fluida. Era, á la vez, demasiado robusto y profundo para emplear estos recursos del arte oratoria. Probablemente eran la plenitud y variedad de su inteligencia la que le había hecho nacer orador. Vehemencia de pensamiento, de lenguaje y de forma fueron sus características principales. El oyente podía casi imaginarse oír las ideas y palabras salir por la garganta

del orador, según su orden de preferencia, porque á su alrededor no había nada graduado ú ondulante. Se sumergía en el corazón del asunto y continuaba su turbulento resonante paso desde el comienzo al fin sin alto ó pausa alguna. Su vehemencia y volumen hacía de Macaulay el terror de los *reporters*, y cuando se empeñaba en la discusión de un asunto que estaba fuera de su experiencia ordinaria, quedaban sorprendidos agradablemente por el lujo de nombres, fechas y títulos que desplegaba. No era un orador largo y difuso; por el contrario, su seriedad era tan grande, que les podría haber faltado bajo un esfuerzo muy largo, y tenía la facultad que posee todo gran orador, de condensar mucho en un corto espacio.

Un cuarto testigo, después de confirmar el de sus colegas, concluye con esta observación: «Macaulay era religiosamente oído en la Cámara de los Comunes; cada uno de sus párrafos era devorado por sus oyentes.»

Tan pronto como terminó la legislatura de 1843, Macaulay partió para una excursión por las márgenes del Loire. Pasando de Orleans á Nantes y retrocediendo de aquí á Anger, se entregaba de lleno á su pasión de los viajes por los ríos y los paisajes de sus márgenes, así como por las ciudades antiguas que hubiesen sido teatro de acontecimientos memorables. Sus cartas á su hermana prueban abundantemente que él podía haber escrito una guía histórica muy aceptable de la Francia central, sin haberse preparado para ello por un curso de lecturas especiales. Su catálogo de los sucesivos ocupantes de Chambord es maravillosamente exacto y completo, desde Francisco I y sus arquitectos italianos, hasta los tiempos en que «los realistas hicieron una subscripción para comprar el castillo al

hijo póstumo del duque de Berry, que todavía se llamó Enrique V. El proyecto no fué popular, pero á fuerza de bravatas y convenciendo á todos aquellos que objetaban que serian señalados con el dedo mientras viviesen, se obtuvo á la fuerza una cantidad suficiente». Hay en estas cartas toques que marcan al historiador como su descripción del castillo de Blois, cuando habla de la chimenea ante la que se sentó por última vez Enrique, duque de Guisa, para calentarse, y el observatorio de Catalina de Médicis distinguido más bien por astrológicas que por astronómicas observaciones; pero tomadas en su totalidad las cartas, tienen demasiado carácter del diario del turista para ser impresas en su integridad.

París, 21 de Agosto 1843.

Queridísima Ana: Cada pueblo que atravieso es un misterio. Mi mayor deseo durante las últimas cuarenta y ocho horas ha sido estar en mi casa, para demostrártelo y para que veas lo duras que han sido: ahí va una reseña de mi vida de viaje. No me han ocurrido durante ellas grandes desdichas, como para hacer gruñir á Mr. Contentadizo ó sollozar á Mr. Sensitiva, pero sin embargo, puedo con ellas añadir muy bien un capítulo á *Las Miserias de la vida humana*, por ejemplo:

*Lamentación 1.ª*—El ferrocarril de Brighthon es un tren lento; un carruaje completamente lleno; una señora enferma oliendo á éter; un caballero muy sano apestando á aguardiente; el termómetro á los 120° F. en la sombra y yo no á la sombra sino expuesto á un sol deslumbrador desde el mediodía hasta después de

las dos, efecto de lo que mis blancas mejillas han sido tostadas tomando un color mahón muy agradable.

*Lamentación 2.ª*—Y Fanny es responsable de esta que me hizo creer que New Steyne Hotel de Brighton era bueno. Un salón de café ingeniosamente inventado sobre el principio de un horno y las ventanas hechas para no poderse abrir; una comida que comenzó por una sopa de guisantes del día antes, y de anteayer las chuletas; ni una onza de hielo, y todas las bebidas—vino, agua, cerveza—en el estado de la iglesia de Laodicea.

*Lamentación 3.ª*—Mi pasaje á Dieppe. No habíamos perdido de vista las luces del Beachy Heat cuando comenzó á llover fuerte. Me vi obligado á entrar, mal de mi grado, en la cámara y á aguantar el espectáculo y á oír las intolerables quejas y suspiros de cincuenta mareados. Me marché fuera en cuanto cesó la lluvia, pero todo sobre cubierta estaba mojado y estuve paseándome arriba y abajo toda la noche. El viento nos daba de cara y empezaba á clarear cuando entramos en el puerto de Dieppe. Nuestro equipaje se quedó en el barco para ser examinado siete veces, y de tal modo, que se hizo demasiado tarde para irse al lecho, y era excesivamente temprano para encontrar ninguna tienda abierta, ni movimiento alguno. Todos nuestros sacos y cajas quedaron bajo la custodia de las autoridades, y tuve que pasearme por el muelle de muy mal humor durante bastante tiempo sin tener aun el consuelo de un libro.

*Lamentación 4.ª*—*La Aduana*.—Jamás había tenido antes una disputa con ningún oficial de aduanas, habiéndolos encontrado honrados y atentos en Inglaterra, Francia y Bélgica y corrompidos en Italia. Pero el oficial de Dieppe, hallando en mi equipaje algunas